

# historia viva Funciones con olor a milanesa

Por FABIAN SEVILLA  
fsevilla@diariouno.net.ar

Hubo tardes y noches en que ir al cine era una actividad más de la vida barrial. Entonces, en las salas de barrio y de los departamentos, los niños vivían aventuras de matinés, las damas lloraban a moco tendido en funciones especiales para el bello sexo y las familias desplegaban verdaderos picnics mientras veían sufrir a Tita Merello o se reían con Luis Sandrini.

Para los distribuidores de películas, en la Capital Federal los "cines de barrio" eran los que funcionaban en los partidos. En cambio, en Mendoza eran aquellos que estaban en cualquiera de las secciones de la ciudad. Saliendo de esos límites, eran considerados "cines departamentales": Pero en la realidad, cada comunidad hacía propio el cine que le quedaba más cerca. En este sentido, el Cine Plaza, de Godoy Cruz, funcionaba y generaba las costumbres de un cine barrial.

## Extensión del barrio

Luego de sus estrenos en las salas del centro, las películas seguían siendo explotadas en el circuito de los barrios y los departamentos. "Las plazas principales para los estrenos eran Mendoza, seguida por San Juan, San Rafael, San Luis y Villa Mercedes. Luego iban a los departamentos, casi siempre Las Heras, Godoy Cruz, San Martín, Rivadavia y Tunuyán", detalla Carlos Navarro, distribuidor local de varios sellos filmicos.

Por ende, en los cines de barrio la novedad no era lo que atraía al público, sino que era otra más de las actividades que vinculaban a cierta comunidad. "Ahí se fomentaba la cordialidad entre los vecinos, ya que a las conversaciones en las largas colas se les sumaba el acompañarse a sus hogares al regreso, luego de medianoche", recuerda Francisco Reig en un trabajo sobre la Mendoza de hace unas décadas.

Los primeros cines barriales mendocinos surgieron a partir de 1920. Ese año en Pedro Molina abrió sus puertas el primero de Guaymallén: el Belgrano. En 1926 comenzó a funcionar el Coliseo frente a la plaza central de Godoy Cruz. Pero fue a mitad de los '40 cuando se produjo una explosión. En 1948 en los diarios se anunciaban 14 salas barriales y de-

Los cines barriales o departamentales excedieron el fenómeno artístico para generar un espacio comunitario

El cine Ducal, de Rivadavia, en octubre de 1969, cuando se estrenó Viva la vida.



El Roma fue uno de los seis cines de San Rafael. Hoy es un centro cultural.



Edificio del Monumental, en San Martín, hacia 2001. Hoy es un pub.

partamentales. Una década después, mientras en el centro había 10 cines, en el resto del circuito se publicitaban 22. Sólo en las secciones de la ciudad había cuatro; en Guaymallén, seis; y en Godoy Cruz, cinco.

## La flecha negra

En las pantallas barriales los programas eran dobles o triples: se proyectaba un estreno reciente y la de complemento, por lo general vista poco tiempo atrás. Los programas podían ser continuados, es decir se pagaba la entrada para ver la película cuantas veces se quisiera, o por sesiones: matiné, familiar y noche. Los precios siempre eran populares. El Plaza cobraba la platea 50 centavos para mayores y 30 para los niños; a su vez, el céntrico Centenario, 80 y 50 centavos. Algunos cines barriales unificaban su tarifa para las damas y los chicos.

Ahí, los filmes eran precedidos de noticieros (*Sucesos argentinos*), colillas y, los días de matinés, por dos capítulos de las series o seriales como *Superman*, *Flash Gordon* o *Dick Tracy*. En noviembre de 1948 el Recreo (Pedro Molina), el Sportman (Godoy Cruz) y el Miraflores (Las Heras) pasaban *La flecha ne-*

## A cielo abierto y con sirena

Mientras el vestíbulo del cine de barrio era el sitio para la reunión barrial, dentro de la sala el público prefería ciertas ubicaciones: adelante y al medio los que en cualquier momento zapatearían o chillarían cuando los protagonistas se besaran, y las últimas filas, las parejitas en tren de intercambio amoroso a la luz del proyector.

Así como en el centro, en los barrios había cines techados y al aire libre. Por caso,

en la Sexta Sección estaba el Suipacha; en Guaymallén, el Libertad; en Las Heras, el Miraflores, y en San José, el Iris.

Algunos empresarios recurrían a todo tipo de artilugio para convocar espectadores. En calles Libertad e Italia, Villa Nueva, estaba el cine La Sirena, llamado así porque media hora, quince y cinco minutos antes de la función tocaba tres veces una sirena para avisar a los vecinos.

## El Ducal, gigante de Rivadavia

Los cines de barrios y departamentos eran tan grandes como los del centro. Por ejemplo, el Gran Sur, inaugurado en San Rafael en 1944, tenía capacidad para 1.550 espectadores.

Uno de los últimos en abrir fue el rivadaviense cine-teatro Ducal, el 7 de junio de 1963. Fue diseñado por su propietario, Juan Centorbi. El edificio, aún en pie, tiene planta baja, primer piso y terraza cubierta y dos amplios locales. En sus inicios tenía 1.100 butacas de cuero y un gigantesco escenario con la pantalla en proporción. Además, contaba

con una tecnología de avanzada. Otra novedad: el personal de boletería, bombonería y acomodadores era femenino.

El Ducal fue en 1980 escenario para el estreno nacional de la película *El diablo metió la pata*, que se filmó en escenarios naturales de Junín y Rivadavia. La protagonizaba Luis Sandrini, quien junto a su esposa, la actriz Malvina Pastorino, asistió a ese acontecimiento. Muchos de los extras fueron habitantes de esos departamentos, quienes también asistieron a la proyección obligando a realizar dos funciones.

gra. El Cine Real o Real Cine (Videla Castillo antes de Jujuy, en la Cuarta Sección) era el centro de esparcimiento de las familias de esa zona en la década del '60. Reig hace memoria: "Los que éramos pibes entonces, ni bien comíamos los tallarines del domingo salíamos hechos una bala para no perdernos los episodios que en serie daban semanalmente y que generalmente terminaban en una situación difícil para el muchacho o la muchacha y cuya continuación esperábamos con ansiedad para el próximo domingo, previo a hacer apuestas en la escuela de cómo se salvarían".

También había días para las damas, con dos películas afines generalmente románticas; una noche para las argentinas o mexicanas, que solía ser la que reunía a las familias. En estas funciones era común que los asistentes llevaran sus canastos con sanguches y bebidas (la Bidú, por ejemplo) "porque teníamos que irnos sin cenar por las impresionantes colas que había que hacer" por lo cual el ambiente "generalmente solía estar

matizado con olor a milanesa, añade Reig.

## Se oscurece la pantalla

Ya hacia finales de los '60 comenzaron a cerrar tanto las salas de barrio de la ciudad como las salas céntricas más tradicionales. No obstante, en los diarios publicitaban hasta 27 cines departamentales. En 1978 eran sólo 11 los cines céntricos y 15 los departamentales. Eso sí, había cinco autocines.

Este ocaso se acentuó durante los '80 debido a la masividad que habían logrado la televisión, el video y las cargas impositivas para el sector. A ello se sumó el que ir al cine pasaría a ser una actividad programada, es decir como parte de una salida que incluía película y té o cena a la salida.

Atrás quedarían los sanguches de milanesa, los pataleos y chiflidos, y la intimidad de las butacas traseras. Muchas de estas salas terminaron sus días como bowlings, salones de fiesta, iglesias evangélicas y centros culturales, cuando no derrumbadas.